
ACERCA DEL INCONSCIENTE PSICOANALÍTICO

Rafael Paz

1. La exploración de la problemática del inconsciente suele impregnarse de cierta solemnidad, pues al tratarse de la idea rectora y corazón de nuestra práctica convergen exigencias de rigor y acumulación histórica de polémicas junto a referencias ideales e identificatorias.

Lo que a veces lleva a pensar que todo está dicho, aunque de modos múltiples y a menudo divergentes, por lo que la tarea consistiría en recopilaciones monográficas o en exégesis que ratifiquen las posiciones de determinada escuela y la pertenencia de quien lo enuncia.

A esto se agrega que el trastocamiento en los modos de vivir y de pensar no puede dejar indemne el concepto con que *indicamos* el vasto tema de la subjetividad descentrada, a la vez que *definimos* su régimen de funcionamiento y *orientamos* el sentido de la clínica.

Ya no estamos en la época del inconsciente *descubrimiento* ni del inconsciente *ratificación*; tampoco en la del inconsciente *explosión* o, inversamente, *cuadriculado*, aunque todos estas juegan —elaboradas o a ciegas—, en la sincronía de la experiencia analítica, en las teorías o en las filosofías de cabecera que nos sustentan.

Ocurre que hallándonos aún bajo la influencia de la búsqueda de un inconsciente *calculable*, que implicaría aprehender casi sin resto su potencialidad disruptiva, en nuestra actualidad escéptica y posmoderna resurgen ideas relativas a un inconsciente *pulverizado*, como resultante de la acumulación de tracciones que desde la socialidad de mercado fragmentan la vida cotidiana.

Abierta y expuesta la intimidad de las pulsiones, las relaciones primordiales y las estructuras subjetivas que en ellas se fundan desbordarían



nomádicamente por el mundo, por lo que, por contraposición, un inconsciente *estructuralmente duro* es tentador para recuperar en sus pliegues las consistencias perdidas en la crisis occidental.

De allí también junguismos que suelen ignorarse como tales y acompañan el retorno de lo religioso en contextos de singularizaciones exasperadas: modos de buscar dentro de sí las fraternidades que la vida social ya no ofrece, y, en lo insondable, los secretos de sus desdichas.

2. En tales circunstancias seríamos tal vez los poseedores de ciertas claves atemporales por haber accedido a dimensiones humanas cuya inercia histórica las torna prácticamente constantes no sólo para una vida singular sino para generaciones.

Pues si bien las transformaciones epocales son innegables, transcurrirían en estratos superficiales respecto de los que definen nuestra pertinencia. Me cito¹: "...No se trata de refugiar allí los basamentos de una práctica y una identidad en crisis (¿cuando no lo estuvo?), sino en asumir la dialéctica de lo nuevo *en las distintas capas y segmentos de la organización psíquica*, sin dejarse subyugar por ideas atractivas y liquidacionistas que tienden a anular las consistencias adquiridas.

Nuestras explicaciones se basan, en efecto, en una verosimilitud peculiar, que corresponde a lo reconstructivamente logrado y que nos satisfacen explicativamente en tanto relacionan: *repetición / creación en el campo analítico — neurosis infantil — trama originaria de constitución del psiquismo*.

En tal oficio de paciencia constatamos no sólo las viscosidades de los investimientos propios de cada analizando, sino el trasfondo de coordenadas imaginario-simbólicas que insisten como universales relativos, marcas de lo genérico y de lo mismo en lo singular de cada destino irrepetible.²

3. Retomaremos luego esta cuestión, para señalar ahora *las condiciones de posibilidad* en que se gestó el concepto psicoanalítico de inconsciente, y derivar desde allí temáticas actuales.

Es por acumulación y salto, que se da el precipitado de conceptos fundamentales —inconsciente y sexualidad infantil—, y el ámbito teórico-clínico renovado se ofrece para que otros —si pueden y quieren—, se abran al mismo orden de experiencias.

Allá y entonces, una peculiar convergencia de factores propios de la conciencia histórica de fines del siglo XIX dio cabida a la cuestión del incons-

ciente en el humus residual del romanticismo, del empuje positivista por saber y de subjetividades modeladas por relaciones sociales que mostraban sus desgarraduras.

La crisis de la subjetividad burguesa autocontenida y de la familia tradicional, con transparentamiento de sus estructuras, junto a una insanable vacuidad de las psicologías al uso para explicar lo concreto del vivir y el padecer transcurría en un medio impregnado del afán de conquista científico-positivista de nuevos territorios para el dominio del conocimiento.

Rebasando de este modo los marcos de la conciencia social espontánea, de las ideas científicas vigentes y los al fin de cuentas restringidos de las filosofías, *el psicoanálisis se constituyó en la teoría más penetrante del espacio interior en la época del capitalismo avanzado, y el inconsciente en el núcleo de su productividad crítica, en tanto interrogación a los seres singulares y a los productos culturales respecto de su esencia y sus raíces.*

4. De este modo, los conceptos de inconsciente y de sexualidad infantil, al coimplicarse, cumplieron una *función instituyente* en la construcción del dominio psicoanalítico.

La masa de intuiciones, registros de hechos y certezas difícilmente transmisibles que surgían de la experiencia psicoanalítica en ciernes y luego desarrollada, pudo organizarse cuando la cuestión del inconsciente quedó instalada en la grilla del *dónde* (topos), del *qué* (consistencia), del *cómo* (leyes) y del *desde cuándo* (génesis).

Para ello era necesario definir un lugar, un modo de funcionamiento, un origen y una materialidad específica, condiciones de respetabilidad para el canon vigente de las ciencias.

Accediendo al orden subyacente a los efectos que se detectaban se los podría conocer, explicar y eventualmente transformar.

Situar al inconsciente como lo radicalmente otro en el seno de sí, adjudicándole a eso otro un grado variable de humanidad y objetividad, le asigna un lugar paradójico en tanto se recupera *un nivel distinto de totalización*, restaurada la continuidad de lo psíquico quebrada por las formaciones del inconsciente.

La intención de Freud era, precisamente, la de otorgar jerarquía y complejidad a los procesos que discernía y que le permitían *restablecer sentido* donde aparentemente se interrumpía.³

Psíquico, *entonces, expresa la unidad de ser como momento en la in-*



dagación de su heterogeneidad radical, y sexualidad infantil remite a una turbulencia constitutiva que liga el propio destino al de los otros en coordenadas de especie culturalmente matizadas.

La discordia, o el pecado original en el corazón del hombre, según la mitología judeocristiana, no elimina por ello su humanidad, sino que la define en escisión.

Y Freud la recoge en su ya no-psicología, pues esta de un modo u otro se halla ideológicamente subordinada a la consciencia, sino *psicoanálisis*, y, eventualmente, *metapsicología*.

Sin duda constituía un problema el dar cuenta de *dos reinos*, puesto que implicaba el riesgo de caer en un dualismo que contradecía su credo monista haeckeliano, que no sólo suponía una unidad fundamental del ser sino también, lógicamente, del método de conocimiento, partiendo de que "...todo el mundo cognoscible existe y se desarrolla según una ley fundamental común".⁴

Lo cual engarzaba con la crítica de Spinoza —en el Libro primero de su *Ética*—, de pensar al hombre como "...un imperio dentro de un imperio".⁵

5. Reelaboremos: postular el inconsciente del modo en que Freud lo hizo implicaba que las producciones psíquicas sólo se volvían inteligibles concibiendo dimensiones de la subjetividad en relación de exclusión con las representaciones y cargas organizados en marcos consensuales y de represión, definidas además como *emergencia activa* y no como pura negatividad.

Sigue en esto fielmente a Herbart, quien al procesar la ruptura de la unicidad del Yo luego de Fichte, recurre al juego de las representaciones para diseñar una dinámica esencialmente conflictiva en la cual la oposición entre aquellas define resistencias y represiones, que a su vez determinan su transformación desdoblada en tendencia y resto debilitado que, en cuanto tal, cae.

Herbart elabora una mecánica del espíritu que requiere "...ponderar la caída energética de las representaciones por el efecto de la colisión..."⁶, diferenciando entre *composición* y *fusión*: en el primer caso cuando se da entre representaciones diferentes; en el segundo, cuando son idénticas.

Desde aquí, la *reproducción inmediata* consistirá en la recuperación de una representación por acción de una nueva que se opone a la antagonista que la había bloqueado, por lo que Herbart buscará una lógica

matematizable para calcular la transferencia de las intensidades entre las representaciones y poder captar así la dinámica de recuperación evocativa de lo oscurecido (*Verdunkelen*).

Los afectos, por su parte, consisten en relaciones de fuerza entre representaciones: de ahí su relación constitutiva y su diferencia con las mismas.

Como lo señala Assoun con agudeza: "...acabamos por interpretar el estatuto histórico del sujeto freudiano como la agonía del Yo fichteano, hecho añicos por Herbart, y del cual Freud manipula los últimos fragmentos, sin saberlo."⁷

6. En virtud de la fuerza de las instancias represoras y las intensidades de lo reprimido, los fenómenos transaccionales dominarán la frontera.

Para nada quieta, por lo tanto, pero sí coexistiendo con zonas mudas, sostenidas en la tensión de las represiones exitosas.

De ahí que las formaciones del inconsciente no sean excepcionales, sino connaturales con las reglas de constitución de sus límites, y de allí también que la categoría que campea es la de *conflicto*.

Esta es especificada por Freud de diversas maneras a lo largo de su obra, siendo la idea de *contradicción interna* derivada de aquella tradición de pensamiento (uno de cuyos frutos será nada menos que Hegel), la que la sostiene.

La energética freudiana se constituye en la filiación finisecular —del siglo XIX, naturalmente—, de Helmholtz ("mi ídolo...", en carta a su novia de 1883) y Oswald, pero se diferencia por despojarla del misticismo que embargó a este último en una suerte de cosmovisión energetista.

Es por ello que "La interpretación de los sueños" puede tomarse sin dudas como un texto crucial, pues desde allí se desprenden líneas que desarrollarán, por un lado, todo lo trabajado y sugerido en el desciframiento de las filigranas fantasmáticas y la potencia de repetición y creación / recreación de la realidad psíquica, y por otro intentos de traducción de tales movimientos a juegos de cargas y representaciones.

En la medida que mi opción es por la primera, que no elimina las otras problemáticas sino las inscribe de manera diferente, *entiendo que la ruptura epistemológica freudiana se consuma luego de Freud, al asumir en todos sus efectos el orden de complejidad que es propio del psicoanálisis*.

Una clínica de campo y de proceso analítico como dispositivo consistente de cura e indagación se vincula al orden teórico derivado de aquella

opción epistémica y permite importaciones de ideas y modelos no liquidadoras.

7. Retomando en el punto de las *fronteras*, y a propósito del valor práctico de estas consideraciones, ellas nos ayudan a tener presente que el *trabajo analítico* se desarrollará sobre tales demarcaciones activas, oponiéndose y mezclándose con el trabajo del sueño, el de los síntomas, de los actos fallidos, de los chistes.

También será cuestión de fronteras lo que juega entre los relativos atemperamientos edípicos y los segmentos perversos⁸, o sometidos a regímenes inauditos de emociones básicas y circulaciones fantasmáticas (psicóticos), y también aquellas que guardan enclaves narcisistas cuyas grandiosidades compensan fragilidades y derrumbes temidos e instalados dentro de sí⁹, y así de seguido.

Todo lo cual tuvo cabida al profundizar más allá de la psicopatología de las neurosis y penetrar en el análisis de los trastornos del carácter, de las psicosis y las situaciones clínicas transnosográficas¹⁰ —como es el caso de los “borderline”—, lo que otorgó un status clave a los *mecanismos y dispositivos de escisión*.

Post freudianamente, y yendo al eje genético-evolutivo, podemos pensar que el recinto primordial de sí se constituye a partir del rechazo de experiencias dolorosas y dilacerantes que perturbaron las fusiones gozosas primarias¹¹, con la particularidad de que lo expulsado y desde entonces *mantenido a raya* —forma genérica de toda defensa—, no deja de constituir, aunque de otro modo, *parte de sí*.

Esta complejización de la clínica —nuevos modos de padecer, nuevas formas de encararlos—, lleva a pensar que la “ampliación” del preconsciente como resultante del análisis no puede entenderse como modificación cuantitativa de las proporciones relativas entre lo reprimido y lo no reprimido, *sino como resituación del eje de la subjetividad sobre la base de sucesivas experiencias de elaboración, que en el incremento de la gama de afectos y de la capacidad de pensar incluye el dar cabida a lo inconcebible y doloroso*.

En otros términos: la desecación del Zuideersee no es ya nuestro objetivo.

8. Desde los inicios el inconsciente cumple una doble función en el psicoanálisis: como *concepto* que remite a modos de funcionamiento y estructuras determinadas y como *instigación en una heurística de lo inagotable*.

Esta última hace que perdure como divisa común de los psicoanalistas, mientras que respecto de su consistencia, ubicación y función explicativa, las divergencias son enormes.

El estatuto del inconsciente es así primordialmente heurístico y relacional,¹² y tal postulación no es meramente exhortativa, puesto que la insistencia freudiana en el caos abismal del Ello es incompatible con una sistemática que pretendiera agotarlo sin resto, a la par que en la teoría madura se liga con la interminabilidad del análisis y lo imposible esencial de nuestra profesión.

Lo cual perdura en el modo en que el trabajo de lo negativo se halla en el eje de las ideas de autores tan disímiles como Melanie Klein o Lacan, por ejemplo.

En la primera, por el papel asignado al instinto de muerte, que deviene motor paradójico de la existencia y por ende de la productividad fantasmática, al poner en movimiento la vida por exasperación de la contradicción interna; en el segundo, por lo irremisiblemente perdido en el pasaje del cuerpo al significativo, abismo subyugante que convoca a un inagotable e imposible esfuerzo de relleno.

9. Además de contradictorio con el horizonte epistémico dominante, puesto que no encajaba en los paradigmas surgidos de la división del trabajo entre las ciencias, postular el inconsciente como *sexual, infantil, reprimido e interpretable por sus retoños*, tuvo un carácter programático que no agotó su eficacia en los albores del psicoanálisis.

De hecho, nos sirve cotidianamente para sostenernos en una identidad vulnerable, expuesta al flujo resistencial que tiende a negar lo reprimido o a reconocerlo fugazmente para volver a ocultarlo.

Frente a la opaca solidez del pensamiento habitual y su natural rechazo al explayamiento y activación de lo "primitivo, infantil, alógico y bestial" (Jones) que todos albergamos, y, como veremos, a las *potencialidades* escindidas, la afirmación del inconsciente conserva una función polémico-crítica en el universo actual de discursos.

10. El desarrollo del concepto marca la heterogeneidad de lo psíquico, y, además, en distintas dimensiones, esto es, *tanto entre inconsciente y conciencia como en el seno mismo del inconsciente*.

Su heterogeneidad, por otra parte, se ratifica dialécticamente como

unidad en oposición al polo, de raíz narcisista y centrado en realimentaciones perceptuales de completud y fascinación unitiva, que constituye el núcleo de la conciencia alienada

Es decir, de aquella que halla su trivial plenitud en el desconocimiento del enigma de sí y de los otros. Como ratificación de existencia es natural que al inconsciente se lo haya sustantivado, pues de este modo se insistía en su *coesidad*, pero habida cuenta que se trata de una sustancialidad de unidades en dispersión / centración.

Lo que nos permite concebir los más disímiles modos de realización, en tanto impedidos de consumación por acción plena y por ende de manifestación en el mundo.

Y es aquí también donde los modelos por aposición y estratificaciones analogables muestran sus límites, como lo recuerda la hermosa alegoría freudiana de *las Romas* superpuestas y que concluye con este notable —y modesto—, comentario:

“...Es evidente que no tiene sentido seguir urdiendo esta fantasía; nos lleva a lo irrepresentable y aún a lo absurdo... Nuestro intento parece ser un juego ocioso; su única justificación es que nos muestra cuán lejos estamos de dominar las peculiaridades de la vida anímica mediante una figuración intuible”.¹³

11. Toda escuela psicoanalítica que se precie, para consolidar su originalidad, promueve de hecho una suerte de *homogeneización del inconsciente*, situando en su base explicativa determinada unidad: es el caso de Melanie Klein con la fantasía o del primer Lacan con el significante.

Lo cual da lugar a un reordenamiento global del dominio teórico, con fuerte incidencia en la práctica, y también a un modo nuevo de relación con la obra freudiana, que pasa a ser interpelada desde aquellas reformulaciones.

Paulatinamente el sistema va probando sus límites, constatando la disminución de su potencia explicativa y la eventual monotonía de asistir a la transformación de ideas en consignas.

También se debilita la *tentación en pirámide invertida*, característica de las primeras fases, cuando las ideas fungen como certezas hegemónicas que pretenden localizar un punto, un vértice que sustente las arborescencias que se expanden y permitan las añoradas claridades inductivas.

Nostalgia de Dios y de la metafísica que se cuele de continuo, sobre todo cuando las tareas de contener y soportar las transferencias en su imposi-

ble síntesis unívoca tienen lugar en un clima global de rupturas.

La función del instinto de muerte en Melanie Klein, las tentativas de formalización dispersas de Bion, la indeterminación por concurrencia de diferencias estructurantes en el espacio transicional de Winnicott, más allá del valor que les asignemos tanto desde dentro como desde fuera del propio modelo, vuelven a complejizar lo que las homogeneizaciones clausuraron, y devienen crítica interna de los propios supuestos.

Lo cual torna anacrónicas actitudes teóricas y clínicas erigidas dogmáticamente sobre las afirmaciones liminares y dejan a la intemperie a discípulos demasiado fieles.

La cuestión de "O" en los trabajos de Bion señala el punto preciso de una heurística de lo inagotable en resonancias francas con la "cosa en sí" kantiana, y es interesante que las "transformaciones en O" constituyen el lugar reputado como más misterioso por sus exégetas.¹⁴

Confluye con lo tematizado por el último Lacan respecto de lo Real, pero difiere en tanto la insaturación bioniana no da lugar a una heurística paradójica del vacío, como en aquél, y sus consecuencias en la clínica: la elusión y el corte como gestos mayores, que psicodramatizan la contingencia del ser y suelen potenciar narcisismos compensatorios *à deux*, para hacer más soportable la pendulación sin red erigida como ideal.

Bion no recurre a la explicitación constante de lo trágico, asumido en una sabia bonhomía de lo posible, y funda un trabajo en transferencia que requiere soportar y pensar lo insoportable, metabolizar el *splitting* fragmentante, aceptar los espacios no euclidianos y esperar pacientemente la recolección del material.

12. Cabe hacer una diferenciación epistémica entre las ideas referidas a lo que puede llamarse el *núcleo del inconsciente*, tal como es recogido en determinado discurso teórico y cercano a los desentrañamientos clínicos, de aquello que se enuncia como lo que podríamos llamar *fondo* del mismo, donde engarzan concepciones ideológicas referidas a la condición humana.

No siempre es fácil diferenciar entre núcleo y fondo del inconsciente, y es natural que así sea, por la imposible formalización sin resto que supone nuestro tema, pero en ámbito del primero son posibles intercambios más fáciles y productivos, cosa que no ocurre con el segundo.

En Melanie Klein, por ejemplo, las fantasías ocupan el lugar de núcleo del inconsciente, mientras que el sostenimiento a ultranza del instinto de

muerte como motor de búsqueda de objetos a quienes investir de vida y de los cuales recibirla, el de fondo.

Respecto del primero es factible confrontar ideas con otras perspectivas, en cambio en lo que hace al fondo *se trata de manifestaciones locales de concepciones del mundo*, por lo que el diálogo es de un orden completamente distinto.

De allí también que puedan compartirse ideas respecto del núcleo sin extender el acuerdo, en pos de ortodoxias, a la totalidad del sistema.

No se trata de un operacionalismo ecléctico, puesto que la trama conceptual complejísima propia del núcleo dificulta —si existe seriedad metodológica—, espigar ideas sin respetar sus conexiones.

Lo cual no está prohibido para nadie, en tanto sirvan como inspiración para incursiones teórico / prácticas, pero sí es preciso mantener la congruencia entre los contextos de descubrimiento y de verificación, tan complejos y a menudo superpuestos en nuestra clínica, lo cual requiere de armazones explicativos reticulares y no solamente de ideas puntuales.

En otras palabras: una clínica del desciframiento de la fantasmática en regresión y transferencia no puede “saltar”, para dar cuenta de sus hallazgos, a una de la pulsión y las modalidades de descarga sin antes reinscribirla en aquella en tanto opción teórica dominante.

La polémica con Politzer sitúa a Laplanche del lado de lo que él mismo ha denominado como realismo del inconsciente.¹⁵ Este se basa en el modelo de inscripción / transformaciones por traducción, que ha marcado profundamente al psicoanálisis francés y cuyo origen puede remontarse a la carta 52 de la correspondencia con Fliess.

En esta línea de pensamiento, la búsqueda de una materialidad cuasi tangible es muy evidente, más allá de que con Derrida lo escritural alcance niveles de gran refinamiento conceptual.

En oposición, Lacan se abroqueló en sus comienzos en la primacía del significante y una circulación del mismo que lo condujo a desarrollos topológicos.

En él hay ruptura y no-continuidad con la carta 52, el dibujo del capítulo VII de “La interpretación de los sueños” y su plegado y cierre por las puntas —con agregados—, de los esquemas de “El Yo y el Ello” y “Las nuevas conferencias introductorias”.

Para Bleger, en cambio, siguiendo en este punto a ultranza a Politzer,

la materialidad del inconsciente se despliega en la dramática misma.

De otra manera se duplicaría con una sustancialidad inasible, metafísica, el orden oculto pero concreto, asible y actual de *lo* inconsciente.

Pues no hay sentido, texto, "razón" o impulso que, desde otro nivel de realidad, cualitativamente distinto, explique lo que tiene lugar del lado de lo manifiesto.

Entiendo que el rechazo a la misteriosidad innecesaria y a una metafísica energetista es compatible, pero sostener la consistencia específica de la "otra escena" (otras escenas, por lo desarrollado), es fundamental.

De otro modo se pierde la positividad del inconsciente, afirmado con intuición genial por Freud cuando señala las formas de negación en que aquél es asumido cuando "emerge".¹⁶

Se trata de una *materialidad no empírico sensible*, que tampoco hay que confundir con otras que corresponden, por ejemplo, a la biología, las que juegan como *soporte*, necesario pero no suficiente para dar cuenta de las legalidades psicoanalíticamente discernidas.

De ahí que la interdisciplina no pueda ser convocada como solución de nuestras dificultades y sólo es fecunda cuando aquellas se enuncian con claridad desde las consistencias propias.

Nunca hay que perder de vista la especificidad de las relaciones necesarias, determinadas y suficientes que definen conceptualmente una determinada pertinencia, y precave de la dilución en un magma indeterminado.

En esta perspectiva, ya lo indicamos, hay que entender la idea de *representación cosa*, que intenta dar cuenta de una materialidad específica, definida tanto procesualmente (procesos primarios) cuanto en su coseidad (*quiditas*).

Es decir, se trata de *representación*, por lo que remite fuera de sí — *representa*—, pero no siendo cuerpo de la medicina ni algo del mundo (en tanto exterioridad), posee consistencia específica en un espacio determinado, por lo que "es" cosa, con la misma dignidad de ser que cualquiera de las que están a la mano en la empiria cotidiana.

13. En las luchas por la hegemonía que se entablan alrededor del inconsciente suelen no percibirse las influencias ideológicas que operan en el corazón de las teorías que confrontan.

Las elaboraciones que han intentado mantenerse *cerca* de Freud, o como a veces se dice "lo más fieles posible" a su pensamiento, han debido

injetar sentidos de los más diversos en las palabras representación y afecto así como en los procesos que constituyen.

Se pierde entonces el carácter *histórico* de los supuestos freudianos basados en representaciones y afectos, entendiendo por tal su origen evidente en las concepciones de Herbart y su consustanciación con las mismas, pasando a concebírselas como formas a la vez *simples y desarrolladas* para dar cuenta de los hallazgos psicoanalíticos.

De allí a las exégesis extractivas ¹⁷ hay sólo un paso, y con ellas suele hallarse en Freud aquello que de antemano se busca.

Cuando se desarrolló una teoría de la interioridad autonomizada del atractivo fiscalista y mecanicista, aquella se mostró como un conjunto de instancias con relaciones intra e intersistémicas complejas, y es allí, en la elaboración de lo que muy esquemáticamente ha dado en llamarse segunda tópica, cuando el inconsciente se conserva y transforma, alojándose la mayoría de sus rasgos en el Ello y calificando como cualidad aspectos del Yo y el Superyó. La inagotabilidad como una de sus características esenciales se potencia, puesto que en la raíz del Ello se da la coalescencia del orden vital y la socialidad originaria, mientras que las circulaciones pulsionales, realizaciones de deseo y puestas fantasmáticas se sustituyen, realimentan y contradicen de continuo.

En Freud pueden verse ambos movimientos: la “representación cosa” específica y torna homogéneo el carácter de los contenidos inconscientes, pero el Superyó que “...hunde sus raíces en el Ello...” y este último, oscuro, irreductible, “real”, relanza el esfuerzo de captación conceptual como tentativa necesaria, productiva y a la vez imposible de cerrar, con su correlato clínico de interminabilidad del análisis.

14. Lo azaroso y exterior del trauma, escindido / infiltrado, tal como se lo concebía en las primeras épocas de la psicopatología psicoanalítica, puede recuperarse en una teoría desarrollada del inconsciente, al redefinirlo como determinado desde los otros, agentes de contención activa, de narcisización y edipización desde su propia condición deseante y pulsional.

Es de este modo que se incluye el azar en sus efectos singularizantes, pues la sumatoria de determinaciones y pautados universales desprende en los actos concretos de la crianza una variedad infinita de matices y consiguientemente de inscripciones.

El doble movimiento, de facilitación pulsional y normatización es constante, y la teoría ha intentado pautar los puntos en los cuales "impulso" y prohibición se coimplican pero a la vez se escinden y escinden el psiquismo, lo cual es determinante de relaciones de distancia y corte entre aspectos de la propia subjetividad: exterioridad interna.

A este respecto, la tensión epistémica que transcurre entre el inconsciente y el Ello es de gran riqueza potencial, y de hecho y a veces a ciegas, muchas profundizaciones se han realizado siguiendo ese camino.

Una de las paradojas esenciales del inconsciente reside en implicar las huellas primordiales que marcan tanto la singularidad cuanto la anonimización, resultante de los circuitos pulsionales en sus niveles más genéricos de consumación, pero también de las coacciones abstractas y despersonalizantes ideal-normativas.

En el Ello, en efecto, se localizan los esquemas de acción genéticamente programados junto a todo aquello de la socialidad instituyente que se halla más allá de la apropiación personal y que en ciertas franjas es indiscernible del Superyó, pues se trata de trozos interiores de naturaleza y cultura que destotalizan desde lo genérico las sucesivas figuras con las cuales los individuos se confirman como seres singulares.

Es que también el Ello hunde sus raíces en el pautado ideal-normativo, dado que no existe en el hombre esencia animal subyacente sino interpenetración de naturaleza y cultura en un cuerpo erógeno social e histórico, fruto del trato y la significancia que de ella dimana.

Desde estas perspectivas, que permiten desacralizar las instancias/monumentos, en el área conceptual del Ello cabe diferenciar:

- El Eso, polo del anonadamiento cósmico, que supone la caída de toda subjetividad y de toda marca humana o viviente.

No cabe duda que es uno de los aspectos adscriptos al Ello por Freud, en tanto en aquél juegan las entropías no sólo de especie, género y familia, sino las universales de la materia según la termodinámica clásica.

- El Ello propiamente dicho, polo de la multiplicidad anorgánica, de repetición sin transformación y de circuitos de consumación que se desconocen entre sí.
- Lo Otro, polo de las imagos, de las formas humanas primordiales, que fuerzan su totalización desde lo parcial de sus figuras y valores.¹⁸

Es claro que a las imagos espontáneamente cabe pensarlas en el área del Superyó y del Ideal del yo, pero entiendo que se recupera lo alusivo de la intuición freudiana si pensamos que estas figuras son desprendibles conceptualmente desde la zona indiscernible entre Ello, Superyó e Ideal del yo.

Pues se trata de la alteridad interna operando desde niveles arcaicos de presencia y coacción, y su elaboración nos permitirá pensar en núcleos primordiales de objetos internos.

Es en esta área donde juega el Ideal del yo como polo de constitución de la subjetividad tensada desde los sistemas de apropiación diferenciante del sexo, de las buenas formas y de las buenas creencias, permitiendo el embrague de las superestructuras sociales en las de la subjetividad.

Pero el Ello da cuenta también del caudal que desacopla los sistemas reactivos y asfixiantes que sofocan desde la norma arcaica y abstracta, es decir, las dimensiones más oprimentes del Superyó / Ideal del yo.

Conservando esa doble perspectiva, del inconsciente heurístico y del Ello como "instancia" peculiar —imposible como tal, cabría decir, pues no es circunscrible—, definimos la inagotabilidad de un movimiento que permite reformular lugar en fuerza (*topos* en *dynamis*), lo cual es crucial para discernir las estructuras en el campo transferencial.

Desde esta perspectiva, *la escena primordial*, entendida como matriz de identidad que reúne múltiples experiencias edípicas, da lugar a un desgajamiento de versiones que se desprenden de su núcleo y que nos constituyen plural y disociadamente, en la identificación con uno, con otro, con tal o cual parte o función, con tal aspecto del vínculo fantaseado y de la cualidad de intercambio imaginada, sobre el postulado de la *exclusión*.

Algo crucial de mi origen resulta así ajeno e inabarcable, limitándome desde dentro y definiendo un eje clave de lo infantil como pasivo, a la vez que cautivado desde todas las zonas erógenas por el poder dimanante desde los otros y su infernal y sublime dinámica.¹⁹

Allí se encuentra el origen de movimientos identificatorios capturados en una pasión ilimitada, que torna la expansión libidinal en tanática; o, por el contrario, de una anihilación linealmente tanática, que llega a lo mismo por el camino del frenesí destructivo.

Su resolución da cabida a un sujeto con distancia y perspectiva, que se

yergue desde el atrapamiento fascinante en busca de su propia diferencia genital.

Pero es también donde vuelve a encontrarse —dialéctica inagotable—, con lo sexual pulsional que determina lo genérico en su ser al mismo tiempo que las marcas pulsantes de singularidad irreductible.

De hecho, el goce orgásmico, en tanto abolición de los límites de sí en el otro y satisfacción que recoge honduras corporales de la especie junto a su intrínseca cualidad de absoluto personal inscribiéndose en una temporalidad suspendida, muestra de manera ejemplar aquella condición: pluralidad de zonas que disuelven y recomponen la unicidad en el juego erótico y el orden peculiar de materialidad corporal erógena, fantasmática y pulsional que convoca.

15. El inconsciente es transindividual en su origen, en tanto conjunto de los efectos, disociados y reprimidos, de la apropiación libidinal realizada por los otros primordiales.

Pero es también fruto singular de una dialéctica de lo universal y lo particular histórico real que obran sobre la individualidad biológica, sus determinaciones y su apertura en virtud de la extrema dependencia que la caracteriza.

Y constituye entonces —acuerdo aquí con *el realismo* del inconsciente—, una dimensión *singular* aunque no agotable por apropiación.

Ayudémonos en este punto con el esquema, que pretende indicar una representación visualizable del lugar de convergencia —sin dilución- de universales.

UNIVERSALES
PARTICULARIZADOS

SINGULARIDAD

UNIVERSALES²⁰
INDIVIDUADOS

La particularización de universales de familia, tribu, estirpe, en los modos de trato y significancia que convergen en un nuevo ser, confluyen con los universales de especie presentes en él como *individuo*, dando lugar a espacios de *singularización* donde convergen “el azar y lo necesario” de diferentes órdenes de determinación.

Y siempre en torno de la problemática del inconsciente juega esta temática de lo más propio en el seno de lo común, así como la tensión no sólo teórica sino también vivida en la clínica, de ver diluída la singularidad en abstracciones genéricas.

La noción de inconsciente nos permite entonces pensar un espacio —espacios—, donde concurren determinismos ancestrales y las resultantes del trato primordial.

Otra de las razones de su heterogeneidad, pero que puede llevar a definirla, como antes hemos visto, de modo mecanicista y gravitatorio.

Pues aunque en la empiria de la clínica frecuentemente operemos con modelos virtualmente stratigráficos y contenidistas, cosa que puede ser útil coloquialmente y en la formulación de la interpretación, se trata en rigor de lógicas de composición diversas, que corresponden a las matrices fantasmáticas y los circuitos pulsionales que rigen los movimientos inconscientes.

No está de más evocar la conocida imagen freudiana del capítulo III de “Psicoterapia de la histeria”, donde describe el orden “a saltos” que vincula a los diferentes núcleos traumáticos, como hilo lógico principal.

Allí, en efecto, se anticipa la lógica de las fantasías, ininteligible en un esquema contenidista o de estratos sucesivos de profundidad, por lo que se halla mucho más próximo a lo que ocurre en una sesión psicoanalítica, en la cual el modelo arqueológico muestra enseguida sus limitaciones.

Bástelo comparar con el concepto bioniano de “hecho seleccionado”, producto singular procedente de horizontes distintos y aprehensible en un contexto de pensamiento comprometido y metodológicamente reglado.

16. La subjetividad psicoanalíticamente convocada y pensada no puede decaer en un esquematismo de continente y contenidos. Es aquí donde la topología lacaniana —sin que sea posible adoptarla recortadamente, pues implica un universo teórico clínico diferenciado—, sirve para inspirar modos de pensar alejados de aquella empiria elemental y abre el pensamiento a lo que Freud requería implícitamente en la alegoría señalada, al lidiar con espacios difícilmente intuibles.

Y también donde la empresa conceptual de Bion encuentra su pleno sentido, pues por la abstracción de sus elaboraciones entrelazadas a imágenes sorprendentes y a una “poética del espacio” —esta vez indo-anglosajona—, elude el riesgo del aplanamiento de ideas y resuena con las particularidades “arbitrarias” de los materiales con que trabajamos todos los días.

En la obra de Meltzer, especialmente a partir de la “Metapsicología ampliada”, es clara la tensión entre los esquemas de unidades objetales y aspectos del Self en el mundo interno²¹, con la búsqueda bioniana de simplificación y abstracción modelística, que revierte sobre la dramática kleiniana del espacio lúdico mostrando toda su potencia explicativa y llega a reformular la teoría de los sueños, verdadero *Sancta Sanctorum* freudiano intangible.

17. En este punto se hace necesario tanto una precisión epistemológica cuanto una toma de partido.

La teoría que ha dado en llamarse del mundo interno y de las relaciones de objeto constituye a mi entender el desarrollo más fecundo de las elaboraciones que se inician a partir del “Yo y el Ello”, y son, no solamente las que permiten dar cuenta de la complejidad procesual y de campo de una clínica transferencial, sino recoger también ejes o fragmentos de múltiples observaciones provenientes de otras latitudes.

Por otra parte, en lo que hace al aspecto que venimos examinando, culmina la reformulación del inconsciente como cualidad, pero en absoluto otorgándole un sentido débil.

Lo que ocurre es que cuando las relaciones primarias de objeto ocupan el lugar explicativo central, *el inconsciente queda definido de hecho como cualidad* y los procesos discernidos como propios de su régimen pasan a definir el de las lógicas propias de movimientos pulsionales y fantasías produciéndose en una trama de interacciones con objetos y de objetos entre sí.

En el núcleo de la vida psíquica ocupan un lugar principal las emociones primarias, es decir, aquellas que estructuran el psiquismo y cuyo movimiento genera significancia, especificada en los registros del deseo, de la fantasía y de la pulsión.

Esta última, si bien roza el absoluto de la anonimidad, se halla marcada (“destinos”) por la singularidad; más aún, es en su seno que juega la dialéctica antedicha de lo genérico y lo singular. De ahí que en el borde de la descarga como único fin se trace una desviación que da lugar a lo que podría denominarse *mociones* —e. Las denomino así para acentuar la función dinámica no

escindible entre representación y afecto de procesos energéticos que tienen lugar y se cualifican en el seno de relaciones primordiales de objeto.

De este modo se conserva la orla asociativa de los desarrollos kleinianos y post-kleinianos sobre las emociones, despejando la pesada masa connotativa que impregna a esa palabra.

Todo lo cual se funda en pensar que el psiquismo se labra como excavado en el seno de la masa primordial erógeno-fusional, y su consistencia deviene del precipitado de experiencias que construyen a la vez al Self, las marcas objetales de alteridad y los circuitos pulsionales y tramas fantasmáticas que los vinculan.

Concatenación que no es transportable a una cronología, aunque tampoco le es ajena.

El mito personal da cuenta de la coherentización de una fantasmática, eslabonada con los mitos familiares y culturales a partir de una materialidad histórica de constitución. Pues lo mítico define un tipo específico de consistencia, no una insustancialidad.

Y la heurística como atributo esencial en el que hemos venido insistiendo, no se pierde, sino, por así decir, se *distribuye* en distintos horizontes.

Y es entonces cuando una clínica psicoanalítica de campo muestra su fecundidad pues nos permite pensar zonas y estratos circunstancialmente disociados en los que siguen procesándose mociones y transferencias, lo que lleva al máximo el requerimiento de percepción uniformemente flotante, pues se trata no ya de un camino asociativo y sus derivaciones y omisiones, sino de un entramado localizado proyectivamente en lugares diversos del espacio imaginante contenido en el "setting".

En rigor, tal es la realidad de la vida psíquica "desmanualizada", como el arte y el saber popular lo asumen y nos lo enseñan.

Los pensamientos y emociones que se tramitan tienen lugar en múltiples escenas, y asumirlo teórica y clínicamente es heredar la problemática intuida en la época de la "Interpretación de los sueños" de los espacios interiores, matrices fundamentales de transferencias y que llevó a Freud a hablar, precisamente, de "otra escena".

Aquí el concepto de *escisión* va más allá de dar cuenta de circunstancias patológicas y pasa a definir un modo de pensar el ser de lo psíquico, que por nostalgias de unicidad tiende a ser aún sentido como pérdida.

La pérdida completud es, en efecto, el ideologema que surge desde

cosmos y microcosmos cerrados y que llegan solamente a aceptar una heterogeneidad relativa, que no da cabida a las contradicciones, vacíos, “aspectos psicóticos” y escisiones formidables en el mundo y en las subjetividades.

18. Si no tiene sentido concebir un inconsciente contenidista al que se le agreguen sucesivamente elementos de variable magnitud, es necesario construir una topología del mundo interno que sitúe los procesos discernidos en el nivel de complejidad y articulación que les es inherente.

Y que conserve lo más fecundo de la concepción del inconsciente como sistema, es decir, no sólo aquello privado de cualidad de consciencia sino —umbral de la ruptura epistemológica freudiana—, *perdurable, heterógeno y ex — sistente*.

Esto último remite a *un salir de sí como condición vital intrínseca*, lo cual no es sinónimo de bueno ni negar que albergue lo mortífero, pero sí que lo disociado y reprimido tiende a su realización: tal es el orden de verdad implicado en el psicoanálisis.

El inconsciente se define entonces no sólo por la *negatividad* de ser lo resistido por la conciencia sino por constituir el *régimen de realización* de sistemas psíquicos disociados y reprimidos.

De allí que la apuesta pueda elevarse y el inconsciente cualificado por la sexualidad infantil y la condición relacional, defina un lugar para situar las insistencias desapercibidas de ser —y está claro que pendulamos en la frontera fondo / núcleo—, con lo que *la cuestión del inconsciente se amplía como topos de lo potencial*, tanto de lo realizado y cohibido cuanto de lo no realizado (potencial en sentido estricto).

O dicho de otro modo: el señalamiento del lugar / esperanza que el psicoanálisis otorga al hombre aplanado del mercado mundial extendido.

Pero hay otras diferencias, pues pensar un inconsciente que alberga la potencialidad de “mundos posibles”²² no realizados, nos da cuenta de una complejidad imposible de reducir a movimientos de representaciones y cargas, por lo que cabe pensar en lógicas de realización congruentes con el nivel explicativo alcanzado, es decir, el de las interacciones del Self y los objetos y de los objetos entre sí.

Y sin duda no se trata de una realización por invaginación, hacia un adentro —más arriba algo fue apuntado—, situado más allá de todo y de

todos, sino de un hacerse cargo de lo propio escindido / apartado y proyectivamente disperso en la pulverización cultural.

No sólo en Winnicott nos hallamos con ideas esperanzadas respecto de lo dissociado, pues cuando Castoriadis postula un imaginario radical singular nos habla de una *poiesis* potencial y una ética inmanente del darle cabida en la clínica y en la polémica cultural en la que el psicoanálisis naturalmente se inserta.²³

En tal contexto de legitimación enriquecido puede recuperarse toda la fuerza conceptual reflejada alusivamente en ideas como la de instancia o corrientes de la vida psíquica, así como el juego clínico y teórico con *unidades de magnitud diversa* y articulables con defensas (estructurantes) de distinta cualidad: esquemáticamente, represión y disociación,

Pensemos por caso en la diferencia que existe entre representación, las dichas corrientes de la vida psíquica y el “verdadero Self” winnicottiano.

Unidad atómica la primera y de gran magnitud esta última, puesto que abarca a modos totales de realización subjetiva.

19. Y aquí, sólo un instante para señalar la cuestión muy compleja de las temporalidades inconscientes, indicadas clásicamente bajo la forma tosca de la atemporalidad.

Por el contrario, si nos remitimos a “Introduciendo el narcisismo”, nos hallamos con las figuras complejas de *lo que uno es*, de *lo que uno fue*, del *objeto parte de uno mismo*, y de allí extendiéndonos, pongamos por caso, a la complejidad de *lo que podría haber sido*.

Es decir, se hace pensable que todos los tiempos verbales tengan cabida y no sólo el de la nostalgia o lo desiderativo lineales.

También, es claro, el tiempo —no-tiempo—, de la repetición, de aquello que se está obligado a hacer (*Wiederholungszwang*)²⁴.

20. Hemos visto que el concepto de mundo interno trastoca la noción de aparato psíquico, vinculado a una energética que en aquél entonces otorgaba garantías de cientificidad en el seno de una Filosofía de la Naturaleza fisicalista, y siendo heredero de la problemática del inconsciente y el Ello, dialécticamente la incluye y supera.

El mundo interno define lo psíquico existente —cabría, parafraseando, hablar de un *realismo del mundo interno*—, acentuando la fantasmática y el carácter estructurante de las relaciones de objeto, mientras que el *espacio*

interiores diferenciable como fruto construido en lo fecundo de un proceso vital o / y de un análisis.

Ahora bien, al optar por una teoría del espacio interior fundada en la producción pulsional, fantasmática y deseante que tiene lugar en la trama de interacciones de objeto, las elaboraciones respecto del inconsciente tienen que ser reinscriptas en aquélla.

Las metáforas del socio capitalista y el socio industrial en la gestación del sueño y por extensión de muchos productos psíquicos, por ejemplo, deben reformularse en el juego de fuerzas y representaciones pensadas en el sistema de producción fantasmática, donde las pulsiones representan las perentoriedades del cuerpo erógeno.

Ser coherentes con este último y con la polifonía que nuestra clínica nos muestra nos lleva a pensar en una subjetividad descompletada, manifestándose en sus versiones de *ente pulsional*, *sujeto del deseo* o *protagonista del fantasma*.

Este último, repite al modo de trazo del destino, más allá del espacio y el tiempo, la reiteración de tramas que fueron o pudieron ser con los otros primordiales y oscilando entre la rigidez pautada y las transformaciones singulares que desde ellas se disparan.

El *sujeto del deseo* encarna una intención que reúne en haz de realización la heteronomía pulsional y determinado "set" de fantasías.

El *ente pulsional* es la versión mínima de la subjetividad, constreñida por la perentoriedad de la consumación a un modo segmental de realización: núcleo acéfalo de las descargas corporales advenidas a cualidades erógenas.

Es el único en donde puede tener cabida la noción de descarga, pero no a cero, pues el fin vital, reinscripto en un nivel humano de satisfacción (que es también decir mamífero), implica el mantenimiento de la organización matriz.

Su eventual torsión hacia el aniquilamiento requiere incluir las vicisitudes fantasmáticas y deseantes; es en ellas, y no en fundamentos insondables de especie donde hay que explorar a la autodestrucción.

Es claro que desde una teoría de relaciones de objeto damos por aceptado que existen altos niveles de complejidad y apertura desde los primeros momentos de la vida; en otras palabras, se trata de un sistema abierto complejo y etológicamente explorable. Lo cual supone una transformación profunda en el seno de la teoría de los instintos.

En tal sentido lo originario remite a estructuras vinculares y fantasmáticas, siendo los procesos de desintegración, integración y dislocación intensos desde los comienzos y aquellos que pautan los modos de estructuración del psiquismo, configurando *espacios*.

Ya al inconsciente se le asignaba una génesis, siendo precisamente la de represión originaria una de las ideas basales para definir estructura psíquica, no sólo como condición inicial de subjetivación sino también como régimen actual de reiteración y “de perdurabilidad en el propio ser”.

Recordemos aquí lo del yo como “yo corporal”, proyección de una superficie, como decía Freud, y que constituye una forma muy elaborada de intuir el psiquismo, como superficie extendida a punto de partida de sus límites erógenamente trazados. (Lo cual quiere decir también dolorosamente trazados.)

Y el Self es pensable entonces como la frontera ambigua de mi ser, que se sabe imprecisa y se reformula en yo.²⁵

Para M. Klein (“Nuestro mundo adulto...”) es la representación mental del funcionamiento conjunto del Yo y el Ello en relación con los objetos internos, y escindido en múltiples partes.

La singularidad lograda se caracteriza por regresiones no dañinas y de recuperación posible respecto de límites y bordes entre aquellos, pero teniéndoselas que ver de continuo con oscilaciones, ostensibles en el sueño y cualquier experiencia fusional, de amor o de ira que el continuo de la vida suscite.

Y es claro también que el límite nítido y tajante es parte del mito personal necesario en la propia consolidación —recordemos las experiencias de territorialización infantiles en arrogancias simpáticas al adquirir habilidades de sustentación o deambulación y las a menudo agobiantes de los adolescentes—, que el psicoanálisis desmiente de continuo como condición absoluta.

Se tratan de personalizaciones ideales de fronteras nítidas, que se corresponden con exigencias específicas de la cultura occidental, exacerbada por los requerimientos de individuación aislada propios de esta fase del capitalismo globalizado.

El cuerpo fantasmático, por su parte, matriz del *self* en tanto órgano de contacto con la alteridades instituyentes, tienen como característica la osci-

lante correspondencia con aquél, pues muy precozmente un área mental se bosqueja y diferencia.²⁶

Somos y dejamos de ser coincidentes con nuestro cuerpo de acuerdo al vaivén de las vivencias y la continuidad, corte o distancia con los pseudopodos con que de continuo investimos el mundo.

La erogeneidad, correlativa al dolor, permite trazar una superficie y un interior propios merced a un acto unitivo esencialmente precario y arrogante.

La geografía anfractuosa de las zonas erógenas desde el eje elemental del placer y el dolor da lugar a inclusiones y expulsiones de las experiencias, cada una de las cuales proyecta espacializaciones del esquema de sí que engloban los objetos recortados.

Trozos eyectados que perdurarán como unidades de experiencia en áreas fuertemente disociadas, correlativas a la admisión ansiosa como "propio" de lo agradable y/o de lo que neutraliza el dolor.

Reconocimiento / desconocimiento del mundo regido por investimentos extremos, en los que el "poco de realidad" se filtra entre los intersticios del yo de placer.

De ahí lo de arrogante, pues la afirmación narcisista se erige sobre una red extrínseca de determinaciones en gran medida azarosas y en el apoyo esencial de los otros, incluidos / negados en las afirmaciones de identidad primeras.

A la luz de estos desarrollos el concepto clave de *elaboración* adquiere un sentido cabal y a la vez sumamente complejo, pues supone vérselas una y otra vez con heterogeneidades escindidas y proyectadas en lugares con diverso grado de cercanía, siendo esta última función de las resistencias de campo y la tolerancia adquirida.

Es decir, la continencia activa recuperada / creada de objetos internos y aspectos del Self.

Sus basamentos primordiales radican en que cada acto de trato humanizante determina una unidad de experiencia que se escinde entre lo aceptado y lo rechazado, en virtud del placer o el dolor que produzcan, de ahí que sea imposible separar constitución del psiquismo de producción del inconsciente.

El espacio de proyección es el otro primordial como totalización potencial, pero allí presente como objeto parcial singular o en concurrencia fantasmática con otro u otros (modelos primordiales de la escena primordial).

Del destino de lo rechazado y de la consistencia del acogimiento de lo bueno y lo bello dependerá la salud psíquica, de acuerdo al como y al donde se alojen, en los lugares que van diferenciándose a partir de las fusiones primordiales.

Para lo cual la modulación que el otro realice de las identificaciones proyectivas, es decir, de los traslados masivos desde el incipiente sujeto de aspectos de sí al territorio del objeto, es crucial.

La tolerancia de la experiencia del amor, el dolor, el placer y la belleza en contacto con el nuevo ser, dará lugar a un Self que disfrute lo elemental del estar vivo en el mundo, fuente profunda de las esperanzas más paradójales y de las cuales la historia está llena.

El terror digerido permitirá su registro y escisión interna, y en otro plano su ingreso en el régimen cultural de miedos que la castración sintetiza y la angustia señal utiliza como radar en el oteo y orientación en el mundo.

21. A pesar a veces de las apariencias, las desarrolladas son todas cuestiones de incidencia práctica, pues más allá de la fortuna con que han sido elaboradas se hallan tanto en los implícitos de la percepción flotante cuanto en el eje de lo que ha dado en llamarse transmisión del psicoanálisis.

Nuestros conceptos, en efecto, son marcas de referencia para la experiencia que cada psicoanalista debe reiniciar desde su propio posicionamiento frente a lo disociado en él y, desde allí, a lo que el trabajo en el medio transferencial le permita eventualmente acceder y transformar en una perspectiva múltiple y a menudo paradójal de incremento de la verdad, apertura de goces clausurados y elaboración del dolor psíquico.

Y es verdad también el malestar que la transmisión del psicoanálisis puede suscitar alrededor de estas cuestiones pues lo esencial parece escapar y lo dicho a menudo parece banal, pero así es la materia que nos compete, dado que con frecuencia, escapa.

Siendo lo banal la expresión inercial de los rodeos necesarios para aproximarse a las verdades disociadas y reprimidas y la anulación defensiva de los requerimientos de sinceridad y desnudamiento emocional que suponen.

El modo en que estas entropías resistenciales se manifiestan brinda materiales para pensar y operar, si se supera la trampa obsesiva de querer aprehender globalmente la cosa o la idealización del punto de fuga, pues en tal caso caeríamos en la autocomplacencia de lo inefable.

Que debemos diferenciar de lo informulado, o aún de lo informulable, pero aprehensible mediante recursos empáticos que expandan y den cabida a las identificaciones en el campo analítico.

De este modo serán posibles formulaciones segundas y desde allí nuevas elaboraciones y hallazgos de consistencias inesperadas. ♦

Notas

¹ En "Tiempos y método en la clínica psicoanalítica". Jornadas sobre "Transformaciones en la teoría, la clínica psicoanalítica y la sociedad". *IPSI*. Barcelona. Febrero de 2000.

² Recordemos todo lo que guarda la noción de *Triebicksale*, en el contexto en que Freud la utiliza: "Pulsión y destinos de pulsión".

³ "El inconsciente no es sólo aquello de lo que nos separa una barrera viviente, sino, y con el mismo carácter primordial, 'el eslabón faltante' de la cadena de la cual, antes de él, sólo conocíamos los dos extremos: el cuerpo y la conciencia." Christian David, en "Estudios críticos", págs. 12 / 13. Edit. Trieb, Buenos Aires.

⁴ P. L.-Assoun, en "Introducción a la epistemología freudiana"; pág. 196. Siglo XXI, Buenos Aires, 1985.

⁵ P. L. Assoun, *ibíd.*, pág. 131

⁶

⁷ *Ibíd.* pág. 138.

⁸ Pensemos simplemente en la densidad incluida en la fórmula: "La neurosis como negativo de la perversión".

⁹ Recordemos la paradoja Winnicottiana del miedo a que ocurra lo ya sucedido, que plantea una dialéctica peculiar potencia / acto.

¹⁰ Las llamo así pues se trata de manifestaciones que dislocan el universo clasificatorio y exigen no ya su *inclusión*, sino la revisión de los parámetros de aquél, de modo análogo a como ocurriría con la histeria para la psicopatología prefreudiana. Lo cual se debe a que recogen, en la intimidad de su estructura, efectos que las circunstancias históricas producen en la subjetividad.

¹¹ Indicadas por Freud en su tematización de los *yoes* fundantes: de realidad primitivo, de placer, de placer purificado. Es a partir de ellos que se definen regímenes extremos en el proceso de constitución del psiquismo y espacios diversos para las relaciones *Selbst* / objetos, constatables en el campo analítico y antecesores teóricos de las espacializaciones de Klein - Bion - Meltzer.

Entre los muchos desarrollos posteriores, es muy valioso el de D. Anzieu *et al.*: "Continents de pensamiento". Ediciones de la Flor, 1998, Buenos Aires.

¹² Respecto de este segundo atributo, ver: "El concepto de inconsciente en Freud", de A. Picollo, F. Schuster y B. B. Winograd.

¹³ En O. C.; T. XXI, p.71; Amorrortu, Buenos Aires.

¹⁴ Lo cual puede dar lugar a derivas filosóficas diversas como lo prueba que en las recientes jornadas habidas en Buenos Aires ("Bion 99"), una conferencia muy interesante de James

Grotstein, analizado y seguidor de aquél, encaró sin ambages el tema por lo común soslayado de las "transformaciones en O" de manera sistemática y profunda, recalando explícitamente en las aguas filosóficas de Heidegger y a mi juicio de la analítica existencial.

¹⁵ Entre nosotros Silvia Bleichmar ha seguido este camino, profundizándolo, y trascendiendo, con talento e intuición clínica, las limitaciones del universo de partida.

¹⁶ Ver el notable trabajo de Andrés R. Raggio: "Algunas observaciones sobre la filosofía de la lógica de Newton C. A. Da Costa", en la Revista Latinoamericana de Filosofía, vol. IX, Nº 3.

¹⁷ Es decir, aquellas que suponen que "leyendo bien" todo está ya en Freud.

¹⁸ J. O. Wisdom diferenció entre los objetos parciales corporales y valorativos ("Comparison and Development of the Psychoanalytical Theories of Melancholia"; Int. J. of Psycho-Anal., 1962).

¹⁹ Y no estamos hablando de metafísicas, sino de lo que desde la clínica psicoanalítica como laboratorio microsociedad podemos pensar respecto de los *media*, las adicciones y los usos y costumbres fomentados.

²⁰ Esta es la zona que Freud exploró con sus ideas respecto de las fantasías originarias, lo filogenético, etc., y donde se extravió Jung. Lo cual no debe asombrarnos, pues corresponde al complejo y antiguo problema del universal concreto, y como A. Green apunta con certeza en un trabajo excelente: "... convierte al psicoanálisis en el último refugio de un abordaje irreductiblemente opuesto al proceder anonimizador de la ciencia." ("Desconocimiento del inconciente", en "El inconciente y la ciencia"; pág. 171, Amorrotu; Buenos Aires, 1993).

²¹ Inspirado posiblemente y retomando a su modo una antigua y muy valiosa sistemática de Fairbairn.

²² Es interesante pensar al psicoanálisis desde la perspectiva de la teoría lógica de los mundos posibles. Por otra parte en nuestra clínica —de allí su porción de "irrealidad"—, pretendemos una cierta contrafactualidad, puesto que trabajamos hacia atrás, no sólo en el sentido de la reinscripción *nachträglichkeit* sino de la recuperación —por definición paradójica—, de lo no realizado.

La provocativa idea de Leibniz de un mundo en el cual Adán no habría pecado tiene resonancias con lo que la clínica psicoanalítica nos muestra todos los días, cuando con temblor y esperanza en un analizando se esboza: "¿Y si fuera que no soy culpable de...?". Pudiendo llenarse los puntos suspensivos con cualquier formulación emergente desde las tremendas —y omnipotentes—, culpas primarias.

²³ Juega aquí lo mejor de la ética lacaniana del deseo, desvirtuada a menudo en las propias filas por una ideología de sacralización del capricho, en notable concurrencia esta última con el tipo de personaje acorde con el consumismo.

²⁴ En ajedrez la situación que obliga a una jugada determinada e instaura una repetición se denomina precisamente *Zwang*, y de reiterarse da lugar a tablas, pues de otro modo los jugadores requerirían de la eternidad... para seguir haciendo la misma jugada.

²⁵ *Sujeto* refiere a la singularidad humana deseante como ser histórico concreto en el proceso social.

²⁶ "El yo es ante todo un yo corporal...proyección de superficie..."